

a la verdad. Por ello, aunque se equivocaran con la imaginación, el poder comprobarse cómo ésta introduce de lleno a los conquistadores en el acto espiritual del descubrimiento, permite estudiar las condiciones en que la historia permanece pasivamente intrincada con su primer gran error configuracional, así como intentar establecer, sobre bases críticas más certeras, sobre una fenomenología de alto nivel de confiabilidad, las condiciones teóricas para una comprobación científica del problema. La ocupación del espacio «americano» por los nombres míticos que lo fingen, sin género de dudas, configuran el primer gran error colectivo con que la historia de América tiene efectivamente nacimiento, acceso a la posibilidad inminente de ser. ¿Pero de ser, en realidad, *qué?* ¿Cosa material, espíritu insuflable, genio telúrico-cósmico, fórmula de bienestar universal? Dejemos de lado estas simplezas. De ser... problema, la forma de acceso a una clase especial de certidumbre metafísica: la que se despliega por los complejos senderos del llamado conocimiento científico.

Los nombres con que ocupa el conquistador el espacio americano, aunque fingidos, son, pues, la única apertura posible al conocimiento de la problemática histórica americana. Gracias a un nombre, comienza «América» a ser o a parecernos algo, y a generar el modo de acción o de conducta cultural correspondiente. Mejor dicho, en virtud de que se tiene ya al alcance el símbolo de su nombre, es factible desplegar la acción descubridora por excelencia: ya los conquistadores pueden concentrarse en la tarea de forjar un mundo nuevo que responda verídicamente a un signo global de la realidad. Porque, según acabamos de decir, buscar el mundo *nuevo* sin el indicio de sus nombres, que vuelcan sobre él el alud del descubrimiento, es imposible. Pongamos un ejemplo. Las primeras noticias que proporcionan los indígenas a los conquistadores sobre las Vírgenes del Sol, del imperio incaico, permiten a éstos configurar de inmediato, por superposición inconsciente, el mito de las Amazonas, estratificado en la memoria colectiva del grupo, y, con ello, *reajustar el contorno*. *Reajuste mítico con el contorno*, justamente, es el nombre que damos a la categoría en cuestión.

He aquí por qué, en el trance de tener que suponerlo dado ahí, blanden los descubridores el arma de la designación, infalible para apoderarse de la *facie* del Nuevo Mundo. El temor de hallar en torno —dentro del complejo del encuentro vivido— algo que escapara al control de la inteligencia (y que el instinto biológico, de adaptación, por ejemplo, tampoco subsanara), se remedia gracias al ajuste aproximado de un nombre, que si no concuerda propiamente con el objeto ideal apuntado, y menos con el realmente incógnito e inconmensurable, responde, sin embargo, a una *reminiscencia mítica* inefable.

Sólo haciéndonos debidamente cargo del sentido teórico de estas proposiciones, estamos hoy en condiciones de apreciar cierta agudeza del insigne humanista Henríquez Ureña, cuando, en uno de sus admirables apuntamientos no-críticos, aseguraba, entre otras cosas, que «Colón había hecho el primer intento de interpretar *con palabras* el nuevo mundo por él descubierto» (15). ¿Por qué no procuró, sin embargo, Henríquez Ureña disolver el equívoco intrincado en semejante tautología? ¿Qué interpretación no se hace, pues, con palabras? Porque no podemos creer que el maestro, lingüista y filólogo que suele y sabe poner a la expresión verbal en la cima de todo esclarecimiento, fingiese aquí menospreciar el uso y valor de las palabras, degradar el testimonio del Almirante por haber venido consignado en palabras. No, lo más probable es que el gran crítico no reparase bien en el pleno alcance de su comunicación. Le faltó, sin duda, agregar: palabras que constituyen, como sugiere ya Delacroix, un tejido de universo, y que, por lo tanto, no son elementos subjetivos de una percepción personal sino en la medida en que participan también de una interpretación colectiva y cultural indivisas. Por ello, está más cerca de la verdad cuando, en otro pasaje del mismo ensayo, añade que «Colón había visitado nuestras islas tropicales con la *imaginación llena de reminiscencias platónicas* y en sus viajes recordaba una y otra vez cuanto había oído o leído de tierras y hombres reales o imaginarios: leyendas y fantasías bíblicas, clásicas o medievales, y particularmente las maravillas narradas por Plinio y Marco Polo»... dando a entender que de este trasunto imaginero emergen, ya preconfiguradas en su mente, las primeras nobles pinceladas del descubridor: por lo tanto, que ellas no son otra cosa que aproximaciones pintorescas, notas agudas que preludian la sinfonía que irrumpirá más adelante, cuando otros intérpretes mejores nos brinden la copia fiel y auténtica del «original». Mas lo cierto es que hay allí a pesar de todo, un juicio crítico bien esbozado, aunque sin desbatar, motivo por el que se desvanece y se pierde, queda sin efecto como nexo hermenéutico de valor incalculable. En verdad, si hubiera sido consecuente con él, la obra crítica de Henríquez Ureña habría tenido que ser muy distinta.

Si decimos, pues, asentando una proposición genérica, de carácter lógico-metodológico: *América nace del símbolo de su nombre*, no cometeremos el disparate de confundir aquí sendos significados. Se pondrá buen tacto en reconocer sin equívocos la significación exacta que en este contexto único tiene el valor semántico del símbolo *América*. En efecto, este nombre es aquí el símbolo de una interpretación cultural, de contenido mítico-arcaico, que nada tiene que ver con la reali-

(15) *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, p. 10. F. C. E.

dad material de un objeto exterior, situado, de una u otra forma, en medio del contorno y que está llenándolo. Permanezcamos alerta ante el fenómeno, ya que, históricamente hablando, a partir de esta significación mítico-cultural, ha tenido lugar una derivación hipostática de la palabra, esto es, se ha sustancializado la mención simbólica, identificándola toscamente con un contenido empírico de presunta esencia inmutable: el ser en sí de la realidad americana y de la Historia de América. Para acabar de una vez por todas con el típico error hay que desprender y agostar las implicaciones mítico-simbólicas de una interpretación des-cubridora que termina por desembocar triunfalmente en las costas ideológicas de la palabra «América». Hemos caminado ya un buen trecho en esa dirección.

Importa aclarar aún nuestro pensamiento. Antes de decir «América», los europeos han pronunciado muchos otros nombres para designar la emergente realidad del Nuevo Mundo, pero han traspasado de estos nombres a aquel símbolo un contenido semántico que supone referir esa realidad a una significación —o interpretación vivida— inconfundible, según la cual el Nuevo Mundo sólo podía aparecerse ahí como algo ya de antemano conocido míticamente. Si, en consecuencia, nos preguntáramos: 1) ¿en qué momento los datos recogidos al azar por los descubridores de nombres, se ordenan en un todo legible y surge de éste, arquitecturada, la figura misma, la entidad digna de recibir un nuevo nombre, justo y original?; 2) ¿en qué momento del montón de datos caóticos y extraños surge la figura estructurada de un mundo real «americano»?; podemos contestar: *en cualquier instante pasado, presente o futuro, bajo la forma de una reminiscencia cultural y en virtud de un reajuste mítico con el contorno.*

Lo desmesurado —o sea la amenazante incógnita implícita en el espacio (irracional) inconmensurable— es ceñido así, y el nombre ceñidor, que entraña al propio tiempo una apertura racional al problema de cómo introducirse materialmente en lo desconocido, no es más que un símbolo mítico, que resume toda la operación conjunta en cuanto que experiencia histórica vivida.

América-simbólica viene hacia nosotros envuelta en el ropaje de una imaginería fantástica; pero esta envoltura no es América. Es decir, el nombre es el síntoma, o el síndrome, de una realidad probable que, sin embargo, no es de momento sino una incógnita vivida. Cualquier nombre de que se valga el des-cubridor para aproximarse a lo desconocido, sin caer destruido por él, Nueva España o Nueva Andalucía, el País de la Canela o la Ciudad de los Césares, Trapalandia, Elelín o Eldorado, señala ya, sin embargo, implícitamente, hacia el

molde unívoco «América». Como producto de su nombre, es sólo, pues, una realidad de contenido mítico, columbrada como posible.

Es cierto que, como decía Simmel, «los miembros de una sociedad migratoria están estrechamente ateniados unos a otros; los intereses comunes adoptan la forma de la urgencia momentánea más que la de los grupos sedentarios. Por esa razón anulan, con la energía específica de lo presente—que tantas veces triunfa sobre lo objetivamente esencial—las diferencias individuales en el doble sentido de la palabra: la diversidad cualitativa o social y la pugna o escisión de los individuos» (16). Ya hemos hecho notar, sin embargo, en otra parte (confrontar para todo lo que se refiera a este aspecto del problema mi trabajo *La existencia mestiza*), que las series de grupos descubridores asociados no engendran formas súbitas de orientación, momentáneas e irregulares, que rompan los flexibles esquemas tradicionales, ni, salvo en casos extremos, adoptan las que podría imponerles, por ejemplo, un jefe audaz, sino que las extraen de su peculiar sistema de preferencias culturales. De esta suerte, el personalísimo matiz de la actitud individual señera, antes que rebasarlos, integra los niveles y patrones del grupo, entrañablemente ensamblado. Las reacciones personales van así entretejiéndose a una condición radical que contextura la existencia del grupo como unidad colectiva históricamente única. Y es esta entidad nacional colectiva la que soporta, en último término, la auténtica y difícil complejidad moral del conquistador. Gracias a ello podemos hablar con fundamento: 1) de reacciones personales que penetran en el ámbito de la conciencia colectiva de la comunidad, y en ella se cimentan; así como, 2) de la experiencia de una comunidad histórica emplazada frente a un medio cósmico desconocido que debe ser tomado metafísicamente por asalto. La remembranza de lo ya vivido (en el seno de la comunidad nacional) a la luz de la experiencia cultural colectiva, dispensa verosimilitud a una realidad disimulada—emboscadísima—, que se presenta y hiere radicalmente como incógnita y que persistirá enclavada en el contorno «americano» como una incógnita. La solución inmediata al problema de nombrar lo desconocido se ofrece, así, casi instantáneamente, al refractarse este ser desconocido en una pantalla imaginaria, donde a raudales se proyectan imágenes míticas del inconsciente colectivo.

Al comprobarse, en el terreno del experimento teórico, la existencia de tan singular fenómeno histórico, resulta evidente que es imposible abordar en serio el estudio de la Historia de América como si se tratara de contar la historia de Juan, de Pedro o de Tomás. O sea aseverando que la palabra «América»—como cualquier otro de los

(16) *Sociología*, vol. II, p. 262. *Rev. de Occidente*. Madrid.

nombres que pudo depararle el azar—, conlleva implícita una significación revelada, derivada de la inspección real de un contenido de existencia inmutable, el desarrollo del cual constituiría, *a priori*, el ser de la Historia *de* América. No hay desde luego ninguna base científica en un conocimiento de la historia que pretenda basarse en la revelación implícita del fin de esa historia. «América-simbólica» y «realidad americana-incógnita» son enunciados disímiles, comportan connotaciones diversas, responden a estructuras discursivas —cognoscitivas— teóricamente inasimilables entre sí, y no se puede confundir una con otra— lo que no quiere decir que se deje de establecer entre ellas las conexiones metodológicas de rigor— sin echar por tierra la posibilidad misma de labrarse un acceso seguro a esta cuestión trascendental: el estudio científico de la *realidad americana*.

ALEJANDRO LORA RISCO
Luis Uribe, 2340
SANTIAGO DE CHILE (Chile)

